definitivamente
Jueves
Círculo de Poesía

Año 0, Núm.11 Edición Quincenal | Revista de Literatura de El Columnista | Jueves 4 de Diciembre de 2008

Un nuevo cuentista en Puebla.

Editorial

En este número un cuento de David G. Marín (Puebla, 1989), ganador del X Premio Filosofía y Letras, BUAP, en el área de cuento. Actualmente estudia la Licenciatura en Lingüística y Literatura Hispánicas. Asimismo dos poemas de Víctor H. Benítez, miembro fundador de la revista "El almuerzo desnudo".

Directorio

El Columista
Director
Mario Alberto mejía

Revista de Literatura Definitivamente Jueves
Director
Alí Calderón

Comité de Honor
José Vicente Anaya
Mario Bojórquez
Jair Cortés
Jorge Fernández Granados
Omar Lara
Waldo Leyva
Renato Prada Oropeza

Jurado de Arbitraje
Mtro. Carlos Conde
Mtro. Antonio Escobar
Dr. Sigifredo Marín
Mtro. Rubén Márquez
Mtro. Felipe Ríos Baeza

Comité Editorial:
Karla Avilés
Mario Calderón
Lizet Cortés
Iván Cruz
Berenice Huerta
Jorge Mendoza
Glafira Rocha
Álvaro Solís
Rafael Toriz

Diseño:
Georgina Gutiérrez

Angustia Sanitaria

David G. Marín

Caminan bajo la romántica luz de un faro, ha llovido y el suelo está repleto de charcos. Caminan evitándolos, cuando en realidad quieren pisarlos, saltar sobre ellos y ver como el agua se eleva por el cielo. Lo imaginan y se visualizan riendo, besándose y tal vez hasta acariciándose. Pero nada de eso puede suceder, han tenido una discusión y ninguno de los dos quiere ceder, sólo esperan que uno de ellos se rinda para que el otro le objete su gloria, burlándose y vanagloriándose por tener la razón. Recíprocamente temen a la derrota, ninguno de los dos quiere ceder, y sólo por ello, sólo por aquél estúpido capricho, él no podrá meterle la mano en la entrepierna, ni ella podrá sentir como sus dedos deambulan por su pubis y piernas.

Entran a su departamento, son una pareja joven, se miran a los ojos y esperan que alguno de ellos hable, no saben con exactitud cuales palabras quieren que sean, sólo anhelan ver sus bocas moviéndose, imprimiendo palabras para sus inservibles oídos. Se oxidan y pudren por el silencio, necesitan el aceite de las bellas palabras.

-hm…-alguien emite un ruido, algo parecido a una palabra, pero por lo lacónico termina convirtiéndose en una expresión. El interlocutor escucha y trata de descifrar el contenido, según la idea que formula su mente, la expresión oscila entre la indiferencia y el placer, no hay más opciones y sólo tiene que elegir una. Escudriña la atmósfera y descubre que su opción del placer es estúpida: regularme el hombre no concibe placer al abrir una puerta, el sentimiento más cercano raya entre el hastío y la aflicción. Confusión.

-ah…-su interlocutor escucha, pero su mente es más hábil y audaz, automáticamente comprende que se está burlando de él y se limita a ignorarla. Entra a su departamento. Se acerca al cuarto de baño, gira la perilla para entrar y la mira por última vez, sus ojos denotan crudeza y burla, los ingredientes natos para cocinar la ironía. Ella lo nota y apresura sus pasos, le duele que le haya ofendido de forma tan vil y cobarde. Justo cuando está a unos metros de tomarle del brazo y darle una cachetada, él abre la puerta y se mete al baño, le pone seguro a la puerta y ya no se puede abrir.

-¡ábrela desgraciado! , tenemos que hablar.

-estoy en el baño y no puedo defecar y hablar, elaborar dos cosas al mismo tiempo implica mucho riesgo. Además sabes muy bien que esas cosas no se me dan, me gusta mi perfil sombrío y cautivador, es algo que a muchas mujeres enloquece. La indiferencia siempre te ha fascinado, en los momentos cuando me miras y deseas, no soportas que yo te ignore, anhelas con furor que mis ojos choquen con los tuyos pero yo mismo me muestro renuente, deliberadamente giro mi cuerpo y te doy la espalda.

Sigue tocando la puerta, como si quisiese en un plazo muy largo y pesado hacerle un gran hoyo. Llegaría un momento en que el cansancio la agobiaría y se detendría, estaría agotada y su cuerpo se deslizaría como mantequilla caliente, desde la altura hasta el suelo, quedando postrada como una pulcra damisela de la burguesía francesa –con las piernas bien juntas-. Su novio, un hombre con los pantalones y calzoncillos abajo, escuchaba sus movimientos con enfermiza atención, como si la situación en la que se encontraba agudizara sus sentidos. De pronto, como un inesperado golpe, desarrollaría un tormentoso sentimiento. Imploraba desde sus adentros el perdón, pero no existía ninguna autoridad que se lo pudiese prodigar. Sabía de antemano que si abría la puerta y mostraba su porte pecaminoso y culpable, muy fácil se disolvería la culpa; pero de alguna forma no lo podía realizar, es como si el inodoro se aferrara a su cuerpo y no lo dejase ir, apropiándose de él como una horrible sanguijuela.

Sin saber porqué, no podría levantarse del baño. Concebía miedo y angustia el imaginarse erguido y sin contacto alguno con la cerámica del inodoro, una fuerza mayor a la suya le prohibía desligarse corpóreamente de la taza. Era algo que no entendía, y esa misma confusión le producía pavor: sus vellos se erizaban y su corazón palpitaba tumultuosamente.

Capítulo dos

Llegaría un momento en que su desesperación pasaría a manos del aburrimiento, llevaba horas postrado en el inodoro y el terror de los primeros momentos se había disuelto. Sólo le dolía el trasero y pensaba en trivialidades, asuntos que circunstancialmente llegan a la mente impulsados por el ocio, la ansiedad y la improductividad. Desde hacía tiempo que no tenía noticias del exterior. Rosalba se caracterizaba por su vivacidad, pero había callado, adoptando una personalidad tácita que mostraba indiferencia por su porvenir. No le preocupaba mucho el contexto de aquel asunto, pero si algo que en primera instancia le pareció grosero y hasta insano, algo que por las circunstancias podría ser considerado antihigiénico y devastadoramente sucio: tenía hambre, y no le gustaba imaginarse comiendo sobre el baño.

Los retortijones y dolores estomacales fueron en segundo lugar, incentivos para que se desprendiera de la taza de baño, pero como había sucedido en la primera ocasión, no pudo levantarse, le era imposible el sólo hecho de mover las piernas. De alguna forma se habían vuelto autónomas y su único deseo era el de permanecer inmóviles. No sabía lo que sucedía en el exterior, y por vez primera grito dirigiéndose a su novia. Pasaron algunos segundos y nada paso, volvió a intentarlo y escuchó como algo se movía en el suelo, como si un horrible gusano se arrastrara por la sala y golpease la puerta.

-¡Rosalba! ¿Sigues ahí?- gritaba con dolor, su situación era abyecta y le dolía aceptarlo, sentía que pidiendo ayuda más se agravaría su ignominiosa situación, pero al contrario de sus paranoicos preceptos, Rosalba se levantó del suelo e hizo caso de su llamado.

-¿qué quieres?

Iba a responder maquinalmente, como si el pesar que sufría fuese de lo más ordinario, pero cuando canalizó todo el sinsentido de su posición, no pudo más que mentir. Ignoraba el sentimiento que lo había conducido a tal comportamiento, pero de alguna forma las mentiras fluían con lucido desenvolvimiento.

-en verdad nada, sólo pensé que sería muy grato el poder escuchar tu delicada voz. Sin tan sólo pudiera encontrar las palabas adecuadas para describir lo tanto que te quiero, un profundo nudo cerraría tu garganta, de tus ojos brotarían lágrimas y aseguro que querrías besarme. Pero la desdicha recae sobre mis hombros, me siento quebrar y hay cosas que…

Seguramente seguiría hablando, desglosando toda una serie de mentiras que ni él mismo entendería. Rosalba no objetaría nada, escucharía y guardaría un respetuoso silencio. Pero justo cuando Vladimir proseguiría con su falso y romántico discurso, un golpeteo en la puerta lo interrumpiría, callaría de golpe y trataría de escuchar los pasos de Rosalba dirigiéndose a la puerta. Escucha el llamado, y como robot con corto circuito –tambaleándose de un lado a otro y a punto de caer- abriría la puerta, dejando entrever unos ojos hinchados de tanto llorar, y un cabello revuelto simulando una interrupción sexual.

-¿Sí?- diría Rosalba mirando al hombre detrás de la puerta.

-vengo a ver al señor de la casa, tendría la amabilidad de llamarlo, dígale que soy el hombre que conoció el otro día en la calle – su aire era amistoso, pero dejando entrever en su misma camaradería, su gusto por la bebida: su cuerpo irradiaba una verdosa aura, aquél olor agudo y peculiar que llega a perpetrar. Tu nariz se convulsiona y retuerce al ritmo de la náusea.

Rosalba se limitó a mirarlo con desdén, como si su porte de ebriedad le causara repugnancia. Pero al contrario, en su rostro se dibujaba una sonrisa: un esbozo que ni el mismo dueño suele advertir, y mucho menos las personas ajenas a su interior. Era algo proveniente de su yo, una parte ingenua de su ser que no aceptaba la terrible situación de Vladimir.

-espere aquí por favor, yo le diré que ha venido.

Rosalba sabía de antemano que sus esfuerzos serían en vano, su intento no era más que otra irrefutable muestra de su actual porte de estoicismo. Sabía que iba a fracasar, que Vladimir no se iba a levantar de la taza, y aquél hombre se enfadaría y pensaría que le estarían mintiendo, y cuando Rosalba regresase y le contara la situación por la cual Vladimir no podía salir a su encuentro, el hombre no haría más que reír, pero al alzar la mirada y encontrarse con los ojos de persuasiva decadencia, mutaría su alegría en enojo, en una rabia contenida que expresaría consternación. Le interrogaría sobre su argumento, y Rosalba, con la cabeza gacha y pegada al pecho, se limitaría confesar la verdad, toda la estúpida querella que envolvía la absurda situación de Vladimir. El hombre se mostraría escéptico y le preguntaría con franca curiosidad:

-¿puedo pasar a verlo? Tal vez conmigo sí quiera dar la cara, no es que me considere un hombre bello ni mucho menos, sólo quiero hacer el intento. Algunos dicen que soy un hombre muy agradable, que emano cierta calidez que las personas encuentran irresistibles. Pero vasta, no quiero continuar con tantas insignificancias…

Rosalba lo escucharía y no podría reprimir una sonrisa, el hombre la notaria, y como si fuesen unos desgarradores amantes, le guiñaría el ojo, entornándolo de tan seductora forma que si Rosalba no se encontrase en aquella circunstancia, muy fácil le habría soltado una irreverente cachetada.

-sígame, y cierre la puerta tras de sí.

El hombre cierra la puerta y sigue los pasos de Rosalba. Sus dos ávidos ojos se centran en la culata, aquella zona pastoril que se contonea de un lado a otro.

-es aquí –dice señalando el baño-, del otro lado está Vladimir y no creo que quiera abrir.

-no se preocupe, yo hablaré con él.

Rosalba traería una silla de la sala y tomaría asiento, no tenía ninguna esperanza en aquel hombre pero tampoco tenía alguna en sí misma. Hasta ese momento no se le había ocurrido la más mínima idea y seguía sin tenerla, sólo esperaba con excitada impaciencia a que el hombre empezara a hablar, pero éste no se movía. Justo cuando Rosalba le había señalado la puerta, un boceto sucio y burdo de una pintura expresionista se apoderó de su aspecto: sus ojos se dilataban y su rostro se ponía tenso. Rosalba giró el cuello para verlo, creía que viendo su rostro podría explicar el misticismo que predominaba en la atmósfera. La situación era inexplicable, de súbito, como la inercia de Vladimir en el baño, el hombre no podría moverse, no emitía quejido alguno y Rosalba creía que le estaban gastando una broma. Se levantó riendo entre dientes, aun sin creer en la pueril hipótesis que se había formulado; se acercó con paso corto e inseguro, temiendo algo terrible cuando estuviese a su lado. Llegó pero no encontró nada, el hombre estaba tieso y duro como un árbol, sus ojos ya no se movían pero se podía escuchar su respiración. Rosalba aún creía que todo era una broma, le dolía pensar lo contrario, y el sólo imaginar que su hipótesis era errónea, le producía escalofrío y terror.

-¡mierda! ¿Qué le sucede? ¿Por qué demonios no se mueve?

Preguntaría a una catatónica escultura de silicón, había sido esculpida por un escultor hiperrealista el cual le había implantado un sarcástico marca pasos en el interior de su cuerpo.

En el momento más inesperado, cuando el problema de Vladimir había pasado a segundo término, éste gritó y aulló como perro, emitiendo una serie de ondas guturales que a cualquiera, hasta el hombre más indiferente y estoico de la tierra, le parecerían ofensivos y lastimeros.

-¡Rosalba! ¿Con quién demonios estás hablando?

Rosalba escucharía su grito con un previo espasmo de susto, le parecía el grito de una mujer ultrajada que está apunto de ser violada, se imaginaba la escena y recordaba una clásica toma del cine de suspense, donde un hombre extraño entra en la bañera de una chica y la mata a apuñaladas. La escena está compuesta por dos factores, el miedo y el suspenso, pero el arte de la escena reside en la apertura sonora del grito de la mujer, el espectador salta de su butaca y la toma pasa a segundo plano, sólo se vislumbra la cortina de la bañera, velando una fuerte escena criminal.

Con miedo, tratando de que su voz no se quebrase al hablar.

-un hombre que dice conocerte…-luce nerviosa- en realidad no sé lo que quiere.

-¿dónde está? ¿Por qué no puedo escuchar su voz?- dice Vladimir simulando una caótica ceguera.

-no lo sé, el señor está aquí a un lado mío pero de un momento a otro se paralizó y ya no puede moverse, parece enfermo- dice Rosalba pensando en el porte catatónico de ciertos hombres verdura.

-pero… ¿quién dices qué es? ¿Cómo se llama?

Rosalba iba a responder naturalmente, tal vez con soltura y mucha tranquilidad, dejando entrever ese sensual chasquido de su boca al articular palabras, y lo hubiera hecho, sin tan sólo el hombre le hubiese dicho su nombre.

-no lo sé –luce agitada y nerviosa- no lo sé, no me dijo como se llamaba.

-pero cómo, pues con quién demonios crees que tratas, lo más seguro es que es un depravado y se la ha pasado hurgándote, sin tan solo pudiera levantarme de este pinche lugar, iría y te demostraría que aquél sujeto no es más que un puto farsante.

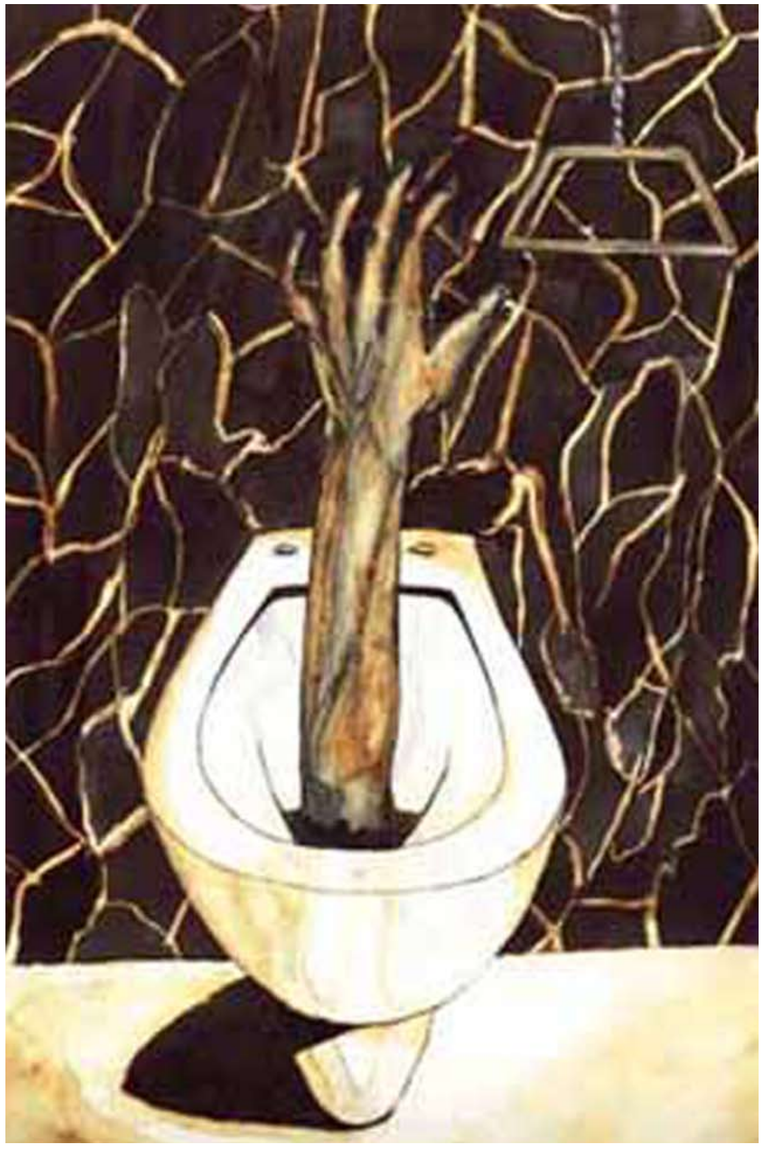
Rosalba mira fijamente el cuerpo del hombre y no puede dejar de notar que su rostro cada vez está más frío. El alcohol le daba a sus mejillas un color rojizo y vivo, pero ahora que está inerte, a un paso de tratar de abrir la puerta del baño, su color rojo de la cara se ha disuelto, difuminándose grotescamente en un gris opaco como si estuviera muerto. Los seres queridos se acercan a verlo, reposan sus codos en el borde y lo contemplan como a un recién nacido, pero en lugar de estar sobre una cuna, lo está sobre un féretro, y en lugar de estar radiante y vivo, está grisáceo y pre putrefacto. Así se imagina Rosalba el tono facial del hombre, nunca en su vida ha visto a un muerto, y mucho menos con traje y exhibido como atracción en una iglesia, pero cree, sin saber cómo y porqué, que el hombre tiene el porte clásico del occiso…

Capítulo tres

Vladimir no dejaría de alardear y molestar durante largo rato, Rosalba sólo lo escucharía desde su asiento, postrada tan fríamente como si quisiera acompañar en su letargo al pobre hombre. Con los ojos tristes pero inconexos, sentía que desde hacía mucho tiempo estos se habían desprendido de su cuerpo, y si no era así, sólo le mostraban cosas que ellos querían ver. Imágenes tan raras y oscuras que sus manos tendían a tapar sus ojos, nublándole la vista como señal de miedo.

Estar sentado tanto tiempo en un solo sitio, sin hacer nada más que mover los ojos y en ocasiones los brazos y piernas, resulta intelectualmente un suplicio; tus sentidos se aguzan y los bosquejos que permanecían enterrados resurgen como muertos vivientes, tambaleándose de un lado a otro, avanzado lento y burdamente. Así eran los pensamientos de Rosalba: viejos, podridos y pueriles, de una irrelevancia tan suprema que el sólo hecho de mencionarlos implica cierto sacrificio.

Rosalba pensaba: "aquí sentada creo verme muy atractiva, estos últimos días he sentido en mi cuerpo una onda de belleza y hermosura, como si Dios desde el cielo, hubiese enviado pequeñas pero susceptibles pizcas de estética, como si en la noche, donde las estrellas palpitan sobre la cartulina negra, cayeran, desmayándose paródicamente como ángeles caídos hasta tocar la Tierra. Sospecho que algunas de ellas, no sé si fortuitamente, cayeron sobre mi cabeza y de ahí se filtraron como un virus de computadora por todo mi cuerpo: resaltando mis mejillas y entornando mis ojos como una bella pero puritana damisela.



Es una sensación intrínseca, no sé en realidad donde se aparca, pero la percibo corriendo como sangre caliente por mi cuerpo y alma, flotando levemente como una tenue hojarasca en otoño…" Muchas de sus palabras no tendrían sentido, serían expuestas por una mujer que linda entre la locura y la cordura, dos aspectos del ser humano que en ocasiones resulta difícil discernir. Por su porte agotado y lleno de aflicción, se podría mas bien conjeturar estoicismo en su posición, una locuacidad tan extraña, que la tragedia de Vladimir y el hombre no le habían causado más que leves tintes de alucinación.

Rosalba se imagina posando desnuda ante un pintor dada, donde sus senos son suplantados por ubres de vaca y pictóricamente implementan una corbata alrededor de su muy estrecha cintura. El hombre, que hasta el momento había permanecido tieso y rígido despertaría; por lo quejumbroso y molesto de sus movimientos, Rosalba infirió que había tenido una extraña pesadilla. Ella lo miraba asustada y retraída en su silla, aferrándose lo más que podía para no perturbarlo. El hombre estiró los brazos al cielo, bostezó y rascó sus ojos, todos los movimientos corporales de un hombre que acaba de despertarse. Rosalba trató de no hacer el más mínimo ruido, creyendo que con el silencio se marcharía. Pero no fue así, acto seguido de haberse rascado los ojos y discretamente los genitales, giró el cuello y pudo advertir la presencia de Rosalba. Se acercaría lentamente y extendería su mano en son de saludo.

-mi nombre es Luis… – como una abyecta confesión:- y verdaderamente no sé que hago aquí.

Rosalba lo escucha pero por ningún momento cree en sus palabras. Tiene ganas de reprocharle su actitud, pero previendo un inminente laberinto, se ajusta a la falacia de sus reglas.

Rosalba.

-es una atmósfera oscura, llevo tanto tiempo preguntándome qué hago aquí, que por momentos olvido la desgracia que me abruma. Debes pensar que soy muy desconsidera en prescindir de la desdicha, pero tanta nebulosidad e incongruencia te incitan a mentir, tal vez a olvidar.

El hombre luce confundido.

-no, yo no creo que éste sitio implique tantas cosas malas como usted dice, yo percibo algo más, una fragancia indecible ya sabe, me refiero a la turbación de los sentidos. Un fragor incesante en la punta de la lengua, se disuelve pero a veces pica como el aguijón de una abeja.

Poco a poco Rosalba se molesta.

-para mi éste sitio no simboliza más que caos. Estar sentada aquí es una de las desventuras más abrumadoras que he tenido. Hubo un momento en que pensé había perdido las piernas. Tanta es su inutilidad que ya ve las impresiones que me llego a formular. Respecto a mis brazos nunca he desarrollado queja alguna, salvo en los momentos de frío que llegan a entumecerse ligeramente, pero es algo más corpóreo, sin ninguna intervención intrínseca.

El hombre contrae su rostro, parece un tic nervioso.

-¡nunca lo hubiera imaginado!

-¿qué?

-las estupideces que usted me dice.

-¿qué es lo que quiere? Vaya al grano.

-nada, sólo he descubierto que es una piche vieja mentirosa.

Como si alguien hubiera apretado un botón, Rosalba alzaría su brazo precipitadamente. Estaba en el aire, flotando tan despectivamente que de inmediato canalizó el sinsentido de su empresa. Resignada lo bajaría hasta su costado, ya no tenía intenciones de golpearlo.

-yo no soy nadie para agredirle, sería tonto de mi parte querer golpearle, es la primera vez que lo veo y mis intenciones ya son las peores. Le pido una disculpa.

El hombre se muestra serio, casi impávido, aunque su cara poco a poco parece deformarse, como si fuera un trozo de plastilina y se derritiera bajo el molde de una irónica sonrisa.

-¿qué le pasa? Le he pedido una disculpa y usted me responde con una burla, esto es el colmo, viene a mi casa diciendo que conoce a Vladimir y lo dejo pasar, tiene la intención de hablar con él pero de repente se queda inmóvil y ya no se mueve. No sé que hacer, me desespero y me pregunto qué sucede, no entiendo la situación y creo que la del problema soy yo, me adjudico la culpa y empiezo a rememorar cosas que me perturban. Me empiezo a flagelar mentalmente cuando usted, otra vez de imprevisto, se despierta y me dice que no sabe quién es, yo le miento para entrar en su juego y luego me tacha de perniciosa e irrespetuosa. No sé cuales son sus intenciones, pero he llegado a entender que usted no tiene nada que hacer aquí, así que de la mejor manera le pido que se retire- Rosalba luce agitada, sus palabras la han sofocado y le cuesta respirar, sus ojos brillaban de un rojo más que intenso.

El hombre para de reír y la observa como una persona maliciosa que mira a una mujer desnuda: de un lado a otro, examinando su cuerpo en búsqueda de algún desperfecto. Rosalba se molesta. Vuelve a gritar.

-¿pero qué mierda le sucede? Le he dicho que se largue y usted no hace más que mirarme,-irónicamente- ¿será acaso que nunca ha visto a una mujer?

Recordando con nostalgia.

-no señorita se equivoca, en mi vida yo he visto más mujeres que usted en un baño público, y más conchas que un simple inodoro.

Irritada.

-no es que quiera ser injusta o molesta, pero quiero recordarle mi invitación a marcharse, me importa una bagatela lo que haya hecho en su vida, su pasado me es indiferente y su presente también, lo único que me interesa es que usted se largue.

-no desespere, ya será la hora en yo me despida de usted. En estos momentos me es prioritario que usted entienda el porqué de mi visita, no he venido con el único fin de molestar, sino que me ha sido encomendada una misión, una tarea que por sí está correlacionada con el porvenir de usted y su novio- tomaría un poco de aire y proseguiría- es verdad que yo no le conozco, pero si usted me permitiese hablar con él, le aseguro que el problema quedaría resuelto.

Rosalba se muestra escéptica. Lo mira a los ojos y lo único que encuentra es mentira, pero su tono de voz, aquel matiz persuasivo le hace titubear, dudar sobre sus opiniones respecto al caso.

-vamos, ¿qué le sucede? Dígame algo.

-no insista imbécil, no posee ninguna autoridad sobre de mí; así que lárguese o guarde silencio.

-ya veo, al parecer no le gusta que le den órdenes, por lo menos he advertido que todavía puedo permanecer aquí, y su objeción de la "retirada" ha sido absuelta, debo creer que ha sido por usted, pues sino fuese así, no imagino quien más podría absolver mis "pecados"-dijo riendo, mirando al cielo y alzando los brazos como esperando un gran abrazo.

-no es para tanto y no tiene por que exhibirse de esa forma, es ridícula y usted mismo lo sabe. Le gusta jugar con el papel de la desdicha pero en realidad sólo es un idiota.

-siempre se equivoca respecto a mi persona, habría de preguntarle cuál es el concepto que tiene usted de mí, pero por las circunstancias que nos suscitan, creo superflua mi pregunta. Sin más preámbulos, creo óptimo limitarme a la intención de mi visita –hace una pausa para tomar aliento- tal vez recuerde que hace tan sólo un tiempo me encontraba yo en el pasillo mirando la puerta, no quería tocarla y mucho menos golpearla, sabía lo que iba a encontrar pero de todas formas accedí, me aproximé con paso mesurado temiendo por mi porvenir, pero después de respirar hondo y pensar en todas las cosas bellas que me habían pasado, toqué, toqué varias veces hasta que usted me abrió. No quise presentarme pues no lo creí necesario, de forma incorrecta me hice pasar por usted, comentándole que yo conocía a Vladimir cuando en realidad nunca lo he visto, me atreví a decir aquello, pues de antemano ya conocía su situación ¡ No, no me pregunte porqué lo sabía, no sabría cómo explicarme! ¡Por favor, no desespere, si le contase qué fue lo que me condujo hasta aquí, sólo le causaría mayor confusión de la que ya sufre, sería como perjudicarla y suficientes molestias ya tiene, no, no le diré absolutamente nada!…

-quiero ser comprensiva pero usted no se muestra accesible, al contrario, ahora erige un muro que le protege como un fuerte. Yo soy una mujer honesta y ordinaria, regida y modulada por un perfil racional que me imposibilita la comprensión de ciertos aspectos, no es que sea de mente cuadrada como suelen decir en la calle, sino que simplemente existen cosas que me son ajenas, exteriores a mi cuerpo y alma; por ejemplo usted.

Rosalba no siente nada, su cuerpo es un manojo sin estructura ósea. Sólo la mantiene de pie un sentimiento, un enigma que teme nunca resolver. Vladimir es el punto central, el poso por el cual tiende a delirar.

El hombre extraño ha abierto una ranura, deja vislumbrar como en una perpetua cueva, pequeños rayos de luz y salvación. Rosalba sólo aguarda, pero su espera es cada vez más densa, siente que va a morir; previene una mortífera enfermedad que germina en su ser: raíces negras que se expanden paulatinamente por su cuerpo, absorben su esencia para desperdigarla en sus últimas lágrimas. Se siente desmayar.

Capítulo cuatro

Nadie podría entender la situación de Vladimir. No me refiero a su inexorable estadía en el baño, sino al comportamiento que había adoptado. En primer momento, cuando los minutos se convertían en horas y las palabras se escuchaban con claridad, su actitud era reacia y despectiva, se mostraba orgulloso ante las tentativas de Rosalba y un tanto desdeñoso hacia su porvenir. Todavía no creía que su situación se postergaría. Pero con el pasar del tiempo y la inconmensurablemente estúpida discusión del exterior- Rosalba contra el hombre- su actitud había cambiado. Ahora soltaba la lengua de una forma tan desaliñada que sus palabras parecían ser el síntoma claro de su trastornado juicio.

Se pregunta con un aire vago y vacío, viendo el techo sin relieves de su sala de baño: "¿por qué no siento miedo? Estoy aquí, atrapado sin poder levantarme pero no concibo turbación, he llegado a la opción de la insensibilidad, si tan solo tuviese un espejo donde reflejarme, aseguro que mis ojos expresarían todo lo contrario…"

Pasaría el tiempo y no haría nada más que ver el techo, lustroso y brillante. Tenía el cuello estirado hacia el cielo, las manos a un costado de su cuerpo y las piernas juntas obstruyendo la imagen de sus genitales. Hubo un momento en que creyó había cámaras en el baño, su posición le dificultaba mover con comodidad el cuello, lo que hacía de la parte trasera del cuarto un punto invulnerable. Se sentía frustrado al no poder ver hacia atrás, creía –no sin un dejo de patológica paranoia- que en esa misma esquina, donde sus ojos no podían ver, se aparcaba una pequeña cámara de espía. No se preguntaba quién podría vigilarlo, sino que se atormentaba por el sólo hecho de creer que existía la cámara. Intentaría levantarse pero le sería por enésima vez imposible, sus piernas estaban muertas y no lo obedecían. Pensaba: "la cámara debe estar apuntando hacia mi espalda, es un punto que nunca me ha gustado de mi cuerpo, la creo tan ancha y varonil que no encuentro ningún rasgo de peculiaridad; me molesta que mi constitución sea tan ordinaria…si tan sólo existiese un rasgo, una pequeña huella que me diferenciara de los demás, mi vida sería totalmente diferente, de un contraste tan original que la concepción de la náusea poco a poco se iría difuminando"

La náusea constituye un elemento de suma importancia. Recuerda, sentado en la frialdad de la cerámica del inodoro, la primera vez que concibió la náusea, tenía tan sólo 17 años y espontáneamente le dieron ganas de vomitar. No era un asco visceral ni estomacal, sino existencial.

Recuerda con mucha nostalgia. En sus ojos se vislumbra un brillo característico de los hombres que están a punto de llorar, de derramar delgadas pero melancólicas lágrimas. Relata en voz alta, simulando que ante él se encuentra un público ávido de desgracia: "mi madre solía empezar a cocinar a eso de las dos de la tarde, siempre hemos degustado comer a una hora temprana; en primera instancia, lo recuerdo a la perfección, comíamos temprano por el hecho de que las demás personas comían a una hora avanzada. Era un sentimiento tan profundo de contrariedad que con el tiempo adquirió un matiz más coloquial, llegamos a acomodarnos y se volvió costumbre, por lo tanto perdió su instinto de contrariedad. Mi madre muy pocas veces presentaba tales sentimientos, al contrario de mí, que muy frecuente molestaba a la gente negando y contradiciendo sus viles argumentos. Me sentaba a la mesa ya previamente puesta, veía mi mantel y todos los utensilios que lo acompañaban; los cubiertos brillaban en pulcritud y en la cuchara podía reflejarme convexamente, mi rostro se deformaba mutando en un horrible gordo. Mi madre miraba como jugaba y en su ser, en los más profundo e intangible que puede poseer una persona, objetaba que era un imbécil. Intuitivamente lo sabía, con sólo ver la expresión de su cara podía justificar todos mis reproches, era tan predecible que había momentos que me daba lástima, me producía tanta desilusión y repugnancia que mi respuesta natural era un despectivo balbuceo. Seguía sentado en la mesa, pero ahora escondía mi cabeza entre mis brazos. Mis piernas se movían presurosamente, lucían agitadas y agobiadas por un sentimiento que hasta ahora no he podido descifrar. El comportamiento de mi cuerpo es un enigma, sé que se rige por sentimientos nauseabundos como la lástima que profeso hacia los demás, pero de ahí en fuera carecen de inexorable justificación. Digo inexorable, pues por naturaleza tiendo a divagar en búsqueda de una justificación. Por desgracia mis intentos siempre son en vano, termino desertando y vuelvo a mi rutinaria posición. Me veo sentado en la mesa, con la cabeza gacha y mi madre viéndome con ojos expectantes. Está acostumbrada a mi respuesta maternal, pero nunca ha dejado de mirarme con curiosidad. La curiosidad es algo que intrínsecamente me satisface, es un regocijo mental que sólo puede comprenderse con la materialización del sentimiento: tal vez una sonrisa o una pequeña lágrima circulando en picada por mis sonrojadas mejillas. Cuando lloro, creo que mis lágrimas siempre tienen la intención de volver a mí, no les gusta ser expulsadas por mi aflicción, y es por ello que tienden a deslizarse hasta la punta de mis labios. Siento como se paran en las comisuras produciéndome una extraña sensación, postergo el placer que me produce manteniendo la lengua quieta y lejos de la lágrima; cuando ya no puedo más y me es en sumo necesario chuparla, lo hago, estiro la lengua lo más que puedo y la trago: es ahí donde la lágrima regresa a mi cuerpo, es una cadena de reciclaje lagrimal. Los engranes que conforman mis emociones trabajan menos, es un método extraño pero fisiológicamente benéfico. La salud intrínseca siempre la he considerado de mucha mayor importancia que la exterior; por regla, cuando llueve, tiendo a recapitular ciertos pasajes de mi vida ex marital. Me visualizo en mi pasado carnal y la libido se trastorna, busca un medio cóncavo pero a la vez de calurosa profundidad donde desperdigar sus penas; no se confiesa, sino que solo las expulsa. Vuelvo a recordarme sentado, como tengo la cabeza entre los brazos me es difícil ver con claridad, pero como la pantalla es negra, tiendo a creer que mi sentido auditivo se agudiza: escucho la respiración jadeante de mi madre en la cocina, está apresurada y me advierte que en pocos minutos estará la comida. Me desespero, quiero levantarme de la mesa pero no puedo, mis piernas no se levantan pero se agitan aun más de lo que está. Pasa el tiempo y por fin se vislumbra frente a mi cara un plato de sopa, introduzco la cuchara en su contenido y trago; es una operación metódica como todo lo que conforma la cocina. La sopa es metódica y mucho más el segundo platillo que se aproxima; mi nariz me dice que es carne, la visualizo y me introduzco en el futuro: me veo cortándola y engulléndola. En otras palabras: me aburro.

Vladimir hace una pausa, su boca está seca y respira profundamente. Mira sus piernas desnudas y escudriña con la mirada los vellos que se dibujan, los jala delicadamente y piensa que no sería tan mala idea quitarlos. El frío lo abruma, es como una pastilla soporífera extendiéndose por su cuerpo, lo entumece y congela lentamente.

Piensa: "este frío lo recuerdo, lo siento y me remonta al pasado, es el sentimiento que precede a la náusea; de un momento a otro mi cabeza se convertirá en un tormento, siendo el impulsor para que rompa a llorar y se erija la sensación de hastío. Pensaré en mí y me darán ganas de vomitar. Me tomaré la cabeza con ambas manos y apretaré con fuerza. Sentiré la presión en mi cráneo y ni ello detendrá el mareo. Seguiré apretando mi cabeza pero llegará un momento en que el mareo será tan grande que literalmente caeré al suelo. En el suelo me estremeceré de dolor, tambaleándome de un lado a otro y sintiendo las horribles punzaciones. Es un agudo dolor en el costado, como un maldito taladro perforando mi cráneo."

Culmina su bosquejo, se mira por segunda vez las piernas y emite un leve y casi imperceptible murmullo. Ni él mismo sabe lo que su mente quiere decir. De golpe cree que está sentado en las alturas, el inodoro es muy alto y piensa que va a caer. Siente vértigo, se aferra a los costados de la taza. En cualquier momento puede caer y morir, la altura es mortal, ya no se quiere zafar.

-¡no, no!- grita imaginado su cuerpo sobre el piso. La imagen se asemeja a un huevo estrellado.

Sin embargo, en vez de esparcir su masa encefálica por el piso del baño, sufriría un banal desmayo. Su cabeza y tronco irían hacía el frente pero el inodoro le imposibilitaría caer. Su cuerpo estaba pegado, se aferraba a sus piernas y posiblemente nunca lo soltaría. Su cabeza caía y oscilaba como la de un títere enfermo. En pocas palabras le estaba negado caer, substraerse de la deliciosamente fría textura del inodoro.

Capítulo cinco

Vladimir está inconsciente y los únicos ruidos que puede escuchar son los de su tormentosa mente. Por otro lado, Rosalba y el hombre ya no discuten, permanecen quietos mirándose mutuamente. Rosalba se siente cansada y piensa que al hablar se irán todas sus fuerzas. No entiende la visita del hombre pero muy pronto ese dilema quedará en el olvido. El hombre de igual forma reflexiona, pero sus pensamientos son de una índole tan extraña que ni él mismo sabe clasificarlos. En todo su repertorio nada se asemeja a lo que está pensando. El hacerlo le produce un extraño sabor, es una malicia avinagrada con un final de rencor, de puro escozor.

Nervioso. Siente que su voz se apaga.

-mire señorita, yo no tengo ningún motivo por el cual estar aquí, no recibo órdenes y se me puede considerar un hombre libre. Pero yo mismo me ordeno quedarme, quiero ayudarle y usted se muestra renuente.

Molesta.

- es usted el que se muestra renuente. Evade sus ideas de una forma tan estúpida que convierte su vida en una paradoja.

-¿acaso cree que le estoy mintiendo?

-sí.

El hombre no sabe que responder ante la audacia de Rosalba, su aire decadente le prodiga cierto desenvolvimiento. Tanta desdicha la vuelve lucida. Rosalba se levanta lentamente de su asiento y se dirige al hombre. Sus ojos agotados lo miran fijamente.

-quiero hacerle una pregunta, le pido que me conteste con la mayor honestidad posible. Le estaré vigilando el rostro y advertiré de forma sencilla si es que usted me miente; así que le recomiendo no lo haga.

El hombre no responde, siente subir hasta su rostro una onda de rabia. No soporta su pedantería y quiere reprochársela, pero se guarda sus ansias con disimulo. Sólo la mira de reojo y asiente.

-¿es verdad que usted conoce el método para que Vladimir salga del baño?

Lacónicamente el hombre respondería:

-sí, así es.

Con un matiz que deja entrever la desesperación de su condición, Rosalba preguntaría acercándose un poco. Lo hace con pasos cortos pero desmesurados, extendiendo las manos hacia el frente esperando la gloria.

-¿podría hacerlo en este preciso instante? Ya no soporto más, me siento desvanecer – su aspecto es fúnebre, tiene los ojos casi blancos-, siento que en cualquier momento me iré y no quiero morir sin saber de Vladimir.

El hombre no cree lo que sus ojos ven. Rosalba se arrodilla, junta sus manos en forma de súplica y casi le besa los pies. Su aspecto es deplorable y el hombre empieza a sentirse mal, se siente culpable por haber mentido a una mujer con tanta desgracia. Se inclina ante su rostro y besa su frente como símbolo de pena. No sabe lo que va a suceder, no tiene ni la menor idea de quién es el sujeto que está dentro del baño, y mucho menos conoce el método para sacarlo.

Siente que su voz se va a quebrar, pero no tiene otra opción más que seguir mintiendo. Ha entrado con mentiras y puede salir con las mismas. Traga saliva con las sienes palpitantes y dice en voz media y clara, característica de hombres tranquilos e igualmente decididos.

-con mucha facilidad puedo abrir esa puerta, pero necesito que usted me de algo a cambio, ya sabe, un poco de…- pausa, no quiere decir lo que fácilmente se puede inferir. Se ayuda de un movimiento de dedos, frotándolos mutuamente.

-no tengo mucho dinero, pero puedo darle algo.

El hombre luce desesperado, no cree soportar más y habla de forma acelerada.

-¡lo que sea, lo que sea es bueno!

Rosalba se levanta del piso. Se nota confundida y se dirige con pasos torpes hacia el fondo del departamento, busca el dinero entre objetos y cajones, hasta que por fin saca un pequeño fajo de billetes. Extrae una suma considerada y regresa rápidamente.

-es lo único que pude encontrar –le extiende el dinero- ¿puede abrir la puerta ahora?

-por supuesto que no.

Piensa el hombre mientras dice esto: "por supuesto que sí"

Rosalba toma asiento bajo la petición del hombre, acomoda la silla un poco al fondo donde supuestamente no lo puedan molestar. Le pide cariñosamente que cierre los ojos, sin abrirlos hasta que él mismo se lo indique. Rosalba se muestra accesible y cumple sus órdenes.

El hombre se vuelve a acercar a la puerta del baño pero teme tocarla. Cada paso hacia el baño le hace sentir más pesado y rígido. Presiente que volverá a quedarse inmóvil: su frente suda y su corazón ruge. Mira a Rosalba y le dice en voz baja, casi en susurros: "no te muevas, escucho como tus piernas están inquietas, cierra tranquilamente los ojos, ya verás que todo saldrá bien…"

Son las últimas palabras que escucha del exterior. Aprieta tanto los ojos que ya nunca más los vuelve a abrir. En la oscuridad, en la perpetua penumbra de su memoria y pensamientos, se mira cómodamente en el lecho junto a Vladimir. Se imagina en un féretro, postrada fríamente como ya antes lo ha imaginado, sólo que en compañía de otro féretro, donde el cuerpo de Vladimir yace imperturbable. No escucha los pasos del hombre huyendo por las escaleras, y mucho menos los quejidos de Vladimir atormentándose en el baño, simplemente aprieta por última vez los ojos, oprimiendo los párpados con tanta fuerza, que queda sutilmente inmersa en la profunda oscuridad.

Recuérdame por un disco

Encima tu cuerpo en la cama y deja tocarte poco
Prende lámparas y cerillos y prende tu lengua
Sujetándola prende el estéreo y el iris prende hasta
Continuar bebiendo líquidos y luego ataca bailando
Mírate al espejo desaloja tus trapos encorva la columna
La traquea háztela nudos espera si puedes si no
Desaloja las medias y tus ligueros que caigan
Por la gravedad del peso como el follaje
Cubre los labios con los vellos y las hojas del patio
Encima tus senos, tuerce las alas, parte en dos el tálamo
Que esparza tu cuerpo la sodomía sin bárbaros ni poetas
Explota tus nervios y cuélgate de mí, reestructúrame
Cortesana es la gloria y el estercolero donde se me antoja
Nuestro amor perfecto nena ¡qué estas haciendo! Pon ahora
Música siempre eternicémonos
Para hacerte doler un poco
En el alma la mentira fatal que hermosamente ejecuto
En el estentóreo sonido de mi
CORAZÓN. Perfecta

Me escurre en las barbas el jugo
y te amo hasta la histeria.

Víctor H. Benítez

Odio perder mi mente

Una línea en la carretera bajo el puente me señaló para conducir tu auto.
El embrague fue la tarde y el camino mi último aliento
Y los faros blancos de mi coche en la neblina
Bajo el puente rocé un cielo navajo
Cantando libre como pájaro sin ruta
Como un potro desbocado al campo
Viré a la izquierda ensoñando la ciudad sin procesos del avance humano
Y salí a 120 kilómetros hacia el barranco
Los pistones culebreaban y el rumbo se fundía con la espuma del cofre y las balatas
El panteón rugía, atropellé cientos de venados y peatones conocidos
Mis ojos durmieron el siglo completo
Y los sueños en ningún faro detuvieron
Las llantas
Mi olvido oscilaba entre las llamas de mi cuerpo brotando grasa
Fui el eje del árbol de levas
La vigilia de una radio de onda corta
El humo del motor que tronaba y seguía comiendo gasolina
Jamás detuve en quinta hasta no ver el desbarrancadero
Sólo pensaba en estrellarme, por ahí. Con la mente en blanco. Como un robot.
Como un robot, en verdad.
Y seguir manejando en la carretera sobre la línea continua...